

El goteo salvaje de Jackson Pollock.

El pintor norteamericano murió con sólo 44 años en un accidente de tráfico hace hoy medio siglo.

El artista norteamericano en una de las imágenes de su personalísimo método pictórico



Barcelona- El cincuenta aniversario de la muerte de Jackson Pollock (1912 - 1956), el pintor americano que abanderó el expresionismo abstracto de la escuela de Nueva York, símbolo de una vanguardia artística cuya llama abandonaba, por primera vez en cien años, la ciudad de París, es un buen momento para calibrar las evoluciones del arte contemporáneo.

Pollock representa la espléndida agonía de un modelo de artista romántico, individualista, alcohólico, inadaptado, perseguidor incansable de un absoluto que acaba por engullirle y, en cierto modo, canonizarle como mártir de un santoral encabezado por Van Gogh. Al expresionismo abstracto todavía le seguirán movimientos artísticos como el pop art, el minimalismo y el conceptual para, a partir de finales de la década de los setenta, declarado el fin de las vanguardias, dar lugar a un nuevo concepto de «artes» basado en la transgresión de códigos y en la transversalidad de lenguajes. Si las vanguardias apuntaban en una sola dirección, la persecución de la pureza de lo absoluto, la misma depuración de este logismo conducirán a la tan perseguida muerte del arte, engañosa como el fin de la historia preconizado por Fukuyama. En realidad, la aportación de Pollock a la historia de las vanguardias de posguerra puede reducirse a tres o cuatro años de frenética actividad, los del informalismo mediante la técnica del «dripping» o goteo.

Muralistas mexicanos. Formado en la Art Students League, de Nueva York, bajo las directrices del pintor Thomas Hart Benton, se inspiró en la obra de los muralistas mexicanos como Orozco, Rivera y Siqueiros, aunque su modelo a seguir, durante toda su vida, será Picasso. Influido por los pintores surrealistas exiliados en los Estados Unidos a causa de la segunda guerra mundial, seguirá de cerca la estela de Miró y André Masson. Las pinturas automáticas de este último le inspirarán para iniciar su particular camino

estético. Atraído por la «no objetividad» -la creación sin referentes formales-, concibe una nueva forma de pintar por veladuras o superposiciones que esconden cualquier traición subconsciente. En 1946 pinta «Catedral», una obra en la que una primera trama monocroma constituye la imagen inicial; a continuación, una serie de trazos complejos, de movimiento elíptico, la cubre en sucesivas sesiones. Finalmente, el conjunto -que cubre la tela por entero, sin principio ni fin, ni espacios premeditados-, recibe una última capa con múltiples colores.

Entre la concepción de «Catedral» y 1950, en que se celebra una gran retrospectiva de su obra en Venecia, Pollock perfecciona su técnica gestual, de gran violencia. Sobre un lienzo sin tensar, dispuesto en el suelo, Pollock va soltando pintura industrial -de fijación rápida, el óleo tarda días en secar- mediante un bote con un agujero. En el bote, ha mezclado previamente la pintura con arena, cristales y otras materias poco habituales. A continuación, con palos, va extendiendo la masa en grafías que enmascaran imaginerías deudoras de la mitología picassiana en una especie de ritual iniciático. Es por ello que algunos historiadores relacionan este proceder con las pinturas en la arena de ciertos indígenas amerindios.

La técnica de Pollock sorprendió por aportar dos novedades relativas: el proceso como obra y no tanto el resultado, y la creación de una «verdadera» tercera dimensión a la pintura, más allá del trampantojo instaurado por los renacentistas, y de la deconstrucción iniciada por Cézanne y los cubistas. Se trata de un espacio espiritual, sin mediación cultural ni preconcepciones. Una pureza azuzada por dos críticos norteamericanos, Clement Greenberg y Harold Rosenberg, contrapuestos en sus teorías, pero en cierto modo instigadores a presión de la libertad creativa de un Pollock que, tras la exposición de Venecia, harto de perseguir el absoluto, la nada, decide volver a la figuración. En cierto modo, sentía miedo de que dicha técnica acabara en un mero decorativismo.

Iconoclasta. Rosenberg, autor del epígrafe «action painting», dictaba que la pintura de Pollock era un acto inseparable de la biografía del artista, un verdadero suceso. Para Greenberg, las obras de Pollock, una vez colgadas en la pared, podían ser estudiadas del mismo modo que cualquier obra de arte, sin olvidar que al impedir el artista la identificación de objetos delimitados, éste había abolido las relaciones tradicionales entre figura y fondo.

Según el historiador del arte G. C. Argan, el particular procedimiento artístico de Pollock constituye la toma de conciencia «de pertenecer necesariamente al ritmo frenético del ritual, de poseer un único espacio para poder existir: la tela del cuadro, cuyo insoportable vacío impone un movimiento compulsivo».

A partir de 1951, Pollock vuelve a los pinceles y abandona el «dripping»; en cierto modo retoma la figura, aunque empleando un solo color, el negro. Su productividad decrece porque se descubre condenado a reelaborar su propia mitología, sus limitaciones. Esa angustia se puede percibir en obras como «Lo profundo» (1953).

Pollock morirá en 1956 a consecuencia de un accidente de automóvil. Su búsqueda de lo absoluto sólo será igualada por otro expresionista abstracto, Rothko. Con ellos, desaparecerá la figura del artista como mensajero de lo inmaterial.